

***El Aguante* en debate: violencia en el fútbol y políticas públicas en la Argentina**

Nicolás Cabrera

CONICET/ IDAES-UNSAM

Federico Czesli

UAM- Sede Iztapalapa

Jose Garriga Zucal

CONICET / IDAES-UNSAM

Resumen: La violencia en el fútbol ha sido profusamente examinada por las investigaciones académicas argentinas en los últimos quince años, con múltiples miradas científicas - sociológicas, antropológicas, comunicológicas, etc.-. Proponemos en estas páginas, a través del concepto de aguante, poner en diálogo los saberes académicos sobre la violencia en el fútbol con las políticas de prevención o sus ausencias. Y, obviamente, ahondar en los debates académicos sobre el concepto de violencia e identidad. Focalizándonos en las prácticas y representaciones de uno de los tantos actores violentos del fútbol – las *hinchadas* –, se buscará aportar evidencia empírica y rigurosidad analítica en pos de una lectura integral sobre una problemática que se nos presenta tan escurridiza como apremiante, desnudando los sentidos de las violencias y las lógicas que podrían tener las políticas de prevención.

Palabras-claves: violencia, fútbol, políticas públicas, identidad.

El Aguante: Violence in Football and Public Policy in Argentina

Abstract: In the last fifteen years, violence related to soccer has been deeply studied in the argentinian academy. In this pages we make a different approaches dialogue between themselves and with the public prevention policies through the native concept of “aguante”, and the relationship between violence and identity. By focusing on practices and representations of soccer supporters, we try to offer an integral lecture of an urgent problem in our society.

Keywords: violence, identity, soccer, public policies, supporters.

Dado que la violencia es el uno de los ejes nodales de nuestro trabajo, comenzaremos iluminando algunas particularidades de dicha noción desde las características que toma en el ámbito futbolístico. Nuestro punto de partida es afirmar que la tarea del investigador social es estudiar qué se define como violencia en un tiempo y espacio determinado, aseveración que se sustenta en la sapiencia de que toda definición de un acto como violento es siempre una disputa,

un debate. Ningún actor social acepta ser definido como violento -dada la ilegitimidad de ese rótulo- y en consecuencia la clasificación de sujetos y acciones como violentas desnuda un campo de lucha por la significación y por la imputación de un estigma (GARRIGA ZUCAL y NOEL, 2010).

La definición de qué es violento y qué no establece un campo de disputas entre actores diversos posicionados diferencialmente en una estructura de poder (ISLA y MÍGUEZ, 2003), y la negatividad que conlleva ser definido como violento establece los límites de este campo. Por ende, la potencialidad analítica del concepto de violencia está en permitir a los investigadores analizar las disputas por las representaciones de las prácticas, indagar qué se define como violencia en un escenario social determinado. Por ello en esta obra nos preguntaremos, una y otra vez, qué se define como violencia en el ámbito del fútbol y quiénes son definidos como violentos y quiénes no.

Ante cada hecho de violencia, los medios de comunicación y los funcionarios públicos ponen en escena un juego de luces y sombras que ilumina las prácticas violentas de unos pocos, culpándolos de las desgracias y desventuras que azotan los estadios, opacando -olvidando con más perversión que ingenuidad- las acciones de otros actores sociales. El resultado de esta operación es atribuir a las llamadas “barras bravas” todos los males del mundo del fútbol, invisibilizando otras formas de violencia.

Nosotros no pretendemos negar el rol central que tienen las “barras bravas” en el fenómeno violento sino que buscamos, por el contrario, una comprensión más acabada que permita un abordaje profundo de un tema complejo. Sabemos que los miembros de las “barras bravas” son uno de los tantos practicantes de acciones violentas en el mundo del fútbol. Los policías, los espectadores que no son parte de grupos organizados, los periodistas y los jugadores también

tienen, en diferentes dimensiones, prácticas violentas. Sin embargo, los “barras bravas”, como sostiene Alabarces (2004), son los únicos de estos actores que hacen de la violencia una marca positiva, ya que reafirman su identidad en la pelea, en la lucha, pero no son los únicos que tienen prácticas posibles de definir como violentas.

Nuestra segunda meta es analizar la legitimidad de actos y representaciones para ver qué se define como violencia. En nuestra sociedad existen distintas apreciaciones sobre una misma acción y es necesario mostrarlas e indagar cómo unas se consolidan más legítimas que otras. Riches (1988) sostiene que lo que se define como violencia es la disputa por los sentidos entre la tríada: víctima, ejecutor y testigos. Estas disputas por la significación vinculan a actores que desde distintas ópticas pugnan por imponer sentidos y significados. Aquí es necesario pensar las tensiones que existen entre distintas legitimidades, entendiendo que muchas veces lo legítimo para una mayoría no lo es para todos. Una pelea entre “barras bravas” será definida como violenta por los testigos pero no así por los contrincantes. Esta postura es fundamental para entender por qué luego de una pelea entre “barras” no existen denuncias judiciales: las partes enfrentadas saben de antemano cuáles son los posibles desenlaces de un enfrentamiento, acuerdan sobre la legitimidad de sus acciones¹

Asimismo, los roles diferentes en las interacciones son sumamente relevantes a la hora de definir las acciones. Entre algunos espectadores del fútbol que no son parte de las “barras bravas” acontecen muchas veces estas situaciones paradójicas: así como afirman un rotundo “no a la violencia” recuerdan con agrado su participación en varios disturbios o festejan el robo de banderas a un rival. Este doble discurso es resultado de los múltiples mundos sociales en los que estos se ubican, ya que por un lado participan de un discurso social que negativiza los actos violentos y también comparten en la tribuna un espacio donde la violencia posee un valor

positivo. Estos espectadores -que no son esquizofrénicos- tienen definiciones contextuales sobre la violencia, y lo mismo acontece con dirigentes que ante los medios de prensa se encuentran ligados a las concepciones condenatorias de la violencia en el fútbol pero en otros contextos muestran otras perspectivas sobre los mismos hechos.

Siguiendo esta línea debemos mencionar que no todos los actores sociales están en igualdad de condiciones para imponer su visión del mundo y de la violencia. Si entendemos a la violencia como un campo de disputas por la significación de las prácticas debemos mencionar que, en él, los actores se encuentran en situaciones de poder diferentes, ya que no todos los significados tienen las mismas capacidades para volverse legítimos. Existen instituciones y agentes sociales - las elites, los medios de comunicación, el Estado²- que tienen más poder para definir qué es violencia y qué no.

La ley es, sin duda, un poderoso instrumento para nutrir a las acciones de legitimidad, aunque también es cierto que el efecto de la ley no ilegitima mágicamente a las acciones que tienen validez. La eficacia simbólica de la ley es mínima, no tiene ningún *mana* que por simple aparición en el boletín oficial haga que la violencia desaparezca. Solo unos pocos pueden creer que con una ley se solucionan problemas que tienen fundamentos sociales y raíces culturales. Las leyes persiguen la violencia en el fútbol - solo un tipo de violencia - y logran detenciones, mas no pueden cambiar los valores legítimos que tiene la violencia entre sus actores. Las formas culturales que sustentan las violencias en el fútbol no pierden su legitimidad por ser ilegales³.

También esquivaremos en estas páginas cuatro prejuicios que envuelven a las teorías vulgares sobre la violencia. En primer término, la usual ligazón que se construye entre violencia y sinsentido. Las acciones violentas no son ejemplo de la sinrazón sino el resultado de múltiples causas imbricadas que articulan razones materiales con dimensiones del honor y la identidad de

género. Desde el sentido común, los medios de comunicación y las instituciones del Estado la violencia en el fútbol es interpretada como ejemplo máximo de sinrazón e incivilización. Civilización y razón son parte de un mismo argumento, cuyo resultado es ubicar a la sinrazón como particularidad que distingue al imperio de lo incivilizado. Este silogismo enlaza dos representaciones sobre los protagonistas de hechos violentos en el fútbol. Por un lado, son personificados como “irracionales”, “bestias” y “locos”; animalizados o interpretados como sujetos patológicos, son desplazados más allá de los límites de la razón. Por otra parte, y en continuidad con la primera interpretación, son concebidos como “bárbaros” o “salvajes”, alejados de la civilización. La violencia aparece como producto de una alteridad radical, distante del “nosotros” racional y civilizado, anomalía disruptiva del orden social que debe ser eliminada.

El segundo prejuicio que rechazamos es la relación que se establece entre violencia y pobreza. Es común en la Argentina, entre los medios de comunicación y los encargados de la planificación de políticas públicas, imputar la violencia como un rasgo distintivo de los más pobres. Nuevamente un efecto de luces y sombras ilumina las prácticas de los sujetos más vulnerados, olvidando y dejando a resguardo las acciones de los más poderosos, quienes poseen el dominio de definir qué es violencia y qué no. Una vez más la operación que realiza esa ligazón -que proponemos desterrar- tiene como objeto imputar la violencia como una particularidad siempre característica de una minoría lejana y nunca como una característica que atraviesa todo el tejido social. En Argentina se arrojan piedras desde costosas plateas, adinerados dirigentes de clubes amenazan con armas de fuego a simpatizantes rivales y la composición social de las “barras bravas” es sumamente heterogénea, de modo que es un mayúsculo error creer que solo los más pobres son violentos. En el mundo del fútbol no todos los pobres protagonizan acciones violentas ni todos los que protagonizan acciones violentas son pobres.

Tercero, es necesario desnaturalizar la violencia. Los actores sociales que cometen hechos violentos en el mundo del fútbol lo hacen como parte de un entramado social complejo que legitima esas acciones en esos contextos. Estos actores, en otros contextos, actúan de otras formas, es decir, no es la violencia una particularidad natural sino una acción -legítima y válida- que, usada como recurso social, les permite ubicarse en un determinado espacio social. Es sumamente relevante exhibir el traspié conceptual de los que transforman a los sujetos que consuman acciones violentas en “violentos”. Esta desacertada idea, sustentada en una concepción de la violencia como impulso irracional, impide toda política de prevención acabada al concebir a la violencia como una particularidad ontológica de sujetos que deben ser erradicados. Eliminar la violencia se transforma así, por ignorancia supina, en la política de eliminación de los “violentos” y no de las causas sociales y culturales que producen el accionar violento.

Y un último prejuicio que obstaculiza una comprensión integral del fenómeno de la violencia, remite a una explicación tan recurrente como hegemónica que es enarbolada cotidianamente por los emprendedores morales del campo: toda la violencia endémica del fútbol sería una disputa por los “negocios” que éste genera. Este reduccionismo economicista omite la insoslayable dimensión simbólica que las prácticas violentas condensan. Desde esta posición se piensan – a los miembros de las barras- como mercenarios que buscan réditos materiales en las luchas violentas, esto lleva inexorablemente a una linealidad mecánica entre móviles económicos y prácticas transgresoras que opacan la complejidad de los sentidos que la(s) violencia(s) condensan.

Historia y estructura de las hinchadas

Las *hinchadas*⁴ son un conjunto de simpatizantes que definen su pertenencia a través del *aguante*. En el fútbol argentino encontramos dos acepciones del término *aguante*, las hinchadas – comúnmente llamadas “barras bravas”- lo vinculan a la disputa violenta por el honor masculino. Aquí aparece lo que hemos dado en llamar el aguante-violencia. Por el contrario, los espectadores que no son parte de estos grupos relacionan al “aguante” con las expresiones de fidelidad y fervor para con su equipo. Emerge aquello que se define como aguante-fiesta. Ya sea como práctica violenta o como acción fervorosa, el *aguante* constituye señales de pertenencia, instituye otredades y sólidos y efectivos “nosotros”. División válida mas no excluyente. Los espectadores que se identifican con el aguante-violencia tienen también prácticas festivas que son relevantes pero no siempre definitorias en la construcción de su identidad. Así mismo, los espectadores que se identifican con el aguante-fiesta protagonizan acciones violentas, aunque muchas veces las niegan. Es la violencia como transgresión legitimada lo que organiza la pertenencia a la barra.

Dicho colectivo se estructura a partir de una estricta organización caracterizada por su verticalidad y jerarquización. Sus miembros son hombres jóvenes y adultos en su totalidad – generalmente las mujeres y los niños tiene prohibida su pertenencia–, donde pueden predominar o no, dependiendo el caso empírico, de jóvenes provenientes de los sectores populares. Además, dichas organizaciones tienen una gran capacidad de persistencia temporal. A pesar de sus permanentes recambios en todos sus estratos, sus mutaciones identitarias y sus reconfiguraciones morales, culturales, políticas y hasta económicas, persisten desde la década del sesenta hasta la actualidad.

El fenómeno de las “barras bravas” argentinas emerge entre fines de la década del cincuenta. Amílcar Romero (1986) toma como bisagra simbólica a la muerte de Alberto Linker el

19 de octubre de 1958 en un Velez-River para caracterizar el comienzo de una era “moderna” de la violencia en el fútbol argentino. Siguiendo a Romero afirmamos que el carácter “violento” y “organizado” de las *hinchadas* aparece en los comienzos mismos de estos colectivos. Desde mediados de los ochenta (MURZI y OTROS, 2011) y prolongándose ininterrumpidamente hasta nuestro días, la “violencia organizada” se incrementa y legitima a través de la configuración de un entramado material y simbólico propio del campo del fútbol que denominamos lógica del aguante. Es decir, el fenómeno fue mutando a la par de las reestructuraciones societales, sin embargo como primer punto nos interesa marcar dos cosas: que desde sus orígenes las *hinchadas* aparecen asociadas a la práctica transgresora de la violencia organizada; y que además estas tienen una larga data en nuestro país ya que hablamos de colectivos con una fuerte capacidad de readaptación y perduración histórica.

Las *hinchadas* tienen estructuras organizativas complejas y dinámicas. Cuesta encontrar variables estructurales, comunes y recurrentes. Sus lógicas de organización y funcionamiento dependen de una gran variedad de factores en el que cada caso expone sus especificidades: historia de la “barra”, cantidad de miembros, recursos disponibles, inscripciones territoriales, grado de conflictividad, divisiones y subdivisiones, liderazgos, envergadura, trayectoria y actualidad social, deportiva, política y económica de la institución a la que la hinchada pertenece, momento deportivo del equipo, coyunturas políticas a diferentes escalas, etc. Sin embargo, consideramos que contamos con suficiente evidencia empírica (ALABARCES, 2004; GARRIGA ZUCAL, 2007; MOREIRA, 2005; GIL, 2002; CABRERA, 2013; CZESLI, 2013) para referirnos a una matriz organizativa común que está vinculada a la lógica del *aguante* y atraviesa a todas las *hinchadas* del fútbol argentino.

Las barras bravas son colectivos fuertemente organizados en torno a una estructura piramidal de jerarquías, rangos, asimetrías y roles bien definidos a partir de una distribución desigual de los recursos grupalmente valorados y de una aceptada división de trabajo interna. Lejos de representar organizaciones monolíticas en su interior, en las barras bravas conviven varios principios de diferenciación y jerarquización. A modo general podemos decir que encontramos importantes coincidencias en relación al siguiente organigrama organizativo:

a) Como ya se dijo, las *hinchadas* tienen una organización piramidal. En la cima de esta pirámide encontramos siempre una *primera línea* de referencia que está constituida por el/los *capos* o *referentes* (el liderazgo mayoritariamente es unipersonal pero a veces la conducción se puede distribuir entre dos o tres personas) y su círculo más íntimo o de confianza. En este grupo, como en todo espacio de “privilegio”, se da una relación inversamente proporcional entre su peso cuantitativo y el cualitativo. Estamos hablando de pocos sujetos –puede oscilar entre 5 y 20 personas aproximadamente– que toman la mayoría de las decisiones del colectivo (distribución de recursos, manejo de las finanzas, reciprocidades con otros actores, administración y regulación de la violencia, etc.). Mayoritariamente estas personas son de larga trayectoria en la hinchada, de buena relación con el/los *capos* –ya sea en términos afectivos o instrumentales– y de gran reconocimiento grupal en tanto cuerpos aguantadores, es decir, competentes y resistentes para los *combates* físicos propios de la hinchada. La cúspide de la pirámide implica una capacidad de negociación, obtención y distribución de recursos –tanto materiales como simbólicos– que se traduce, en varios casos, en una doble movilidad social ascendente: por un lado al interior de la jerarquía de la hinchada y por el otro en la estratificación del espacio social tomado como totalidad.

b) Luego encontramos al grueso de los miembros de la barra brava, ellos representan la mayoría cuantitativa y pueden ser identificados nativamente como *los pibes, la banda, la tropa*, entre otros. Al interior de dicho grupo también coexisten criterios clasificatorios a partir de pertenencias a distintas facciones o subgrupos que se identifican por procedencias barriales, espacios ubicados en la tribuna y lealtades a distintos referentes que están vinculado de una u otra forma al/los jefes máximos de la hinchada. Todos estos subgrupos se referencian con alguien de la *primera línea*. Este rango de la barra brava se caracteriza por ser la principal fuente de “mano de obra” de las actividades propias de la barra: producción, custodia, transporte y ubicación de los *bombos, banderas y telones*, organización de viajes, reventa de carnets o invención de canciones, siempre bajo el aval o la decisión de los referentes de la primera línea. Pero sobresale particularmente el hecho de que en reiteradas ocasiones este sector opera como la fuerza de choque para las mayores exposiciones violentas. Generalmente entre *la primera línea* y *la banda* no solo hay diferencias de jerarquía sino también de edad, mientras que en los primeros la amplitud etaria está entre los 35 y 50 años, en los segundos encontramos jóvenes de 16 a 30 años. Entre los dos grupos mencionados anteriormente –aunque no de la totalidad de ellos– emerge lo que podemos definir como “núcleo duro”, es decir, una cantidad de miembros estables, sistemáticos, comprometidos y fuertemente cohesionados–lo cual no significa anular el conflicto y la violencia como pauta de interacción entre ellos– que cotidianamente producen y reproducen la identidad colectiva de la hinchada a la cual adscriben.

c) Por último, encontramos un tercer grupo de sujetos que se encuentran en una posición un tanto ambivalente en relación a la hinchada, ya que si bien no siempre son considerados por el “núcleo duro” o por ellos mismos como miembros, cumplen una doble función indispensable para la producción y reproducción de una hinchada: habitualmente participan de algunos rituales

constitutivos del colectivo como reunirse en los lugares propios de la hinchada, viajar en sus colectivos, comprar los carnets de la hinchada, tocar los *bombos* o *vientos*, trasportar los *telones*, portar las banderas *de mano* e inclusive participar de los enfrentamientos violentos. Y además en muchas trayectorias esta posición se convierte en una primera aproximación a la hinchada a la que posteriormente pueden –o no– ingresar. En este grupo predomina una composición etaria de adolescentes y jóvenes.

Sobre el aguante

Al comienzo hemos mencionado que el concepto de violencia es polisémico, y la misma caracterización le cabe a la noción de *aguante* que tiene diferentes concepciones según actores y contextos. Puede en algunos casos estar vinculado al fervoroso aliento en las tribunas –aguante-fiesta– o, en otros, a la agresión física a un simpatizante rival –aguante-violencia–. Nos cabe una vez más repetir aquello que sabemos sobre este término para mostrar cómo funcionan las lógicas violentas entre las *hinchadas* de fútbol y explicar las formas sutiles y opacas en que el resto de los actores de este universo acaban legitimando las acciones que dicen rechazar.

Los miembros de las *hinchadas* de fútbol son grupos jerárquicamente organizados que definen la pertenencia grupal principalmente “*a los golpes*”. El límite que define la pertenencia se cruza en la participación en hechos de violencia; para ser parte hay que pelear. Estos hechos nunca son entendidos como violentos desde la perspectiva de los actuantes sino como prácticas que se ajustan a los valores grupales. Poseer *aguante* es la clave que regula la membresía.

La definición que hacen los miembros de las *hinchadas* del *aguante* nada tiene que ver con la realizada por otros grupos, que se centra en el estoicismo del espectador ante los reveses deportivos. Para ellos, *este* tiene que ver con piñas, patadas y pedradas, con soportar los gases

lacrimógenos y otros efectos de la represión policial, con cuerpos luchando y resistiendo el dolor. Pelear, afrontar con valentía y coraje una lucha corporal, es prueba de la posesión de *aguante* (Alabarces 2004; Moreira 2005). Por esto, para referirnos a las prácticas distintivas de las *hinchadas* usaremos, como ya dijimos, la noción de *aguante*-violencia -o *aguante* en cursiva- para diferenciarlo del aguante no violento.

La participación en enfrentamientos transforma al *aguante* en un bien simbólico, una manifestación del honor grupal e individual que se constituye en un esquema de clasificación, que define un conjunto de prácticas legítimas. Los integrantes de estos grupos distinguen y confieren un valor relevante a aquellos que demuestran la posesión del *aguante*, aquellos que luchan y pelean ya sea contra rivales, contra policías o entre ellos mismos. Se configura un complejo bien simbólico que establece un conjunto de prácticas válidas y que distingue entre los que tienen *aguante* y los que no. Las *hinchadas* definen positivamente la posesión del *aguante*, y fuera de esos límites hay una percepción ambigua, a veces negativa, de esas prácticas. La lucha física establece, sustentada en la retórica del honor, límites para construir la frontera de la comunidad aguantadora.

La masculinidad, el cuerpo y el territorio son eficaces espacios simbólicos y prácticos donde se edifican las diferencias. El *macho*, como ejemplo de una masculinidad aguantadora, ordena un conjunto de similitudes y diferencias. Los que se *paran*, los que no *corren* y tienen *huevos* son parte de la comunidad que deja más allá de sus fronteras a los cobardes, definidos como *cagones*. El cuerpo pelea y es en esa acción que se define como cuerpo aguantador (OTRO y GARRIGA ZUCAL, 2007). Asimismo, la asignación de valores que vinculan al espacio con lo marginal, con la exclusión, posibilitan la constitución de un espacio aguantador (GIL, 2002). Esta construcción espacial se hace efectiva en el universo de las prácticas distintivas: es “caminando”

el espacio del otro o defendiendo el propio que el *aguante* se constituye en un límite efectivo entre aguantadores y no aguantadores.

Identidades violentas

La siempre compleja relación entre *aguante* e identidad deja entrever dimensiones analíticas que aportan más piezas al orden de nuestra argumentación. Cada grupo define un cierto conjunto de valores que delimitan la pertenencia y el *aguante* es la clave de membresía al mundo de las *hinchadas*. El *aguante* es una forma especial de identificación que organiza sentidos de pertenencia, una contraseña que indica un *nosotros*.

La violencia se constituye como un lugar propicio donde construir una comunidad. El *aguante*-violencia genera fuertes sentimientos de pertenencia, permitiendo a los miembros de las *hinchadas* “ser alguien” o “ser parte”, y la construcción de esta comunidad se cimienta en el rechazo que tienen sus prácticas distintivas. Espectacularizadas y confrontadas desde la “normalidad”, estas adquieren relevancia, construyendo rápidas alteridades: los significados de pertenencia e identidad son más eficaces cuando se es reconocido, sin importar la conceptualización negativa o ambigua.

Por otro lado, el *aguante* es una señal de pertenencia inminentemente práctica. Son las acciones y no los discursos los que establecen la membresía. Los que dicen aguantársela deben probarlo en luchas corporales. Los miembros de las *hinchadas* cantan canciones, recuerdan enfrentamientos, muestran cicatrices como testimonio de viejas peleas pero nada de esto exhibe, al fin y al cabo, el *aguante*. Este bien simbólico no puede sostenerse en plano discursivo y solo puede probarse en un duelo físico. La identidad aguantadora es, por lo tanto, sumamente inestable y debe siempre ser probada. El resto es *chamuyo*.

Cabe mencionar que la comunidad que se construye a través del *aguante* es el resultado de una operación de homogenización. Las *hinchadas* en el fútbol argentino son grupalidades socialmente heterogéneas, comunidades complejas donde conviven sujetos de los sectores populares con otros de las clases medias, que comparten un conjunto de valores que los distingue y los diferencia. La diversidad se homogeniza bajo la lógica del *aguante*.

Ahora bien, sistemáticamente se niegan estos sentidos de pertenencia, negación que a veces está sustentada en la incapacidad analítica de pensar a la violencia como una práctica identitaria y, otras, por imposibilidad estigmatizadora que atribuye a la violencia la sinrazón. Negar la dimensión identitaria del *aguante*, ya sea por miopía analítica o ideológica, es ocultar las razones culturales que sustentan las acciones violentas.

Cuestiones de membresía

Ser miembro de la *hinchada* incluye a los actores en un grupo de pares, estructurado jerárquicamente, que establece vínculos de camaradería, protección y apoyo mutuo. Debajo de una *hinchada* existen, en verdad, numerosos grupos más pequeños que se identifican con⁵ diversos territorios. Muchas de estas *paradas* se forman en la infancia o la adolescencia, y muchas veces los jóvenes que a ellas pertenecen van atravesando los ritos de institución -entre los cuales se incluye *el combate*- al unísono. Por eso, las interacciones agresivas se mixturán con nociones de solidaridad, compañerismo y amistad, con una trama de vínculos de ayudas, apoyos y lealtades que funcionan ampliamente en una sociedad como la argentina, que ha tenido recurrentes crisis económicas. El colectivo se constituye, además, en una institución (CASTORIADIS, 1998) porque en esos grupos se intercambian normas, valores, herramientas, procedimientos y métodos de hacer frente a las cosas. *Los pibes* como institución es una

estructura que perdura en el tiempo y se reproduce, entre otras razones, porque posibilita a sus integrantes generar proyectos de ascenso social, ya sea como expectativa o realidad efectiva.

Los participantes de la *hinchada* acceden a variados recursos materiales como beneficios de la membresía como viajes, dinero, ropa deportiva de la institución o trabajos diversos, pero entre ellos no sólo circulan bienes y favores sino que el *aguante* es, también, una moneda de interacción que los vincula y relaciona con actores sociales, múltiples y variados, que están por fuera de los límites de esta comunidad (GARRIGA ZUCAL, 2007). Por esto, tienen vínculos con jugadores, directores técnicos, policías, dirigentes políticos, etc. Es así que la particularidad que los caracteriza, el *aguante*-violencia, muchas veces estigmatizada, no solo no los excluye del mundo social sino que los incluye en una red de interacciones sociales. La conducta violenta convertida en señal de pertenencia es un nexo con otros actores sociales ubicados en lugares diversos y distantes del mapa social.

Ser reconocidos como aguantadores es una señal que otorga reputación. Puertas adentro del mundo de las *hinchadas*, el *aguante* es un símbolo de prestigio y admiración. Entre pares se admira a quien prueba su valentía y coraje en un enfrentamiento físico, y esto también se produce porque así dan pruebas de su capacidad para responder por la comunidad a la que pertenecen. Desde ese punto de vista, los integrantes de las *hinchadas* combaten para poder existir, para no ser excluidos de sus espacios de pertenencia. Por fuera del mundo de las *hinchadas* esta reputación se transforma en respeto vinculado al temor por su potencialidad violenta y en una admiración ambigua producto de una confusión extendida sobre la lógica del *aguante*-violencia. La reputación obtenida por medio del *aguante*-violencia supera ampliamente el mundo del fútbol y se transforma en una moneda reconocida y utilizada en el mundo barrial, laboral, sindical, etc.

Si bien ser miembro tiene sus privilegios, es imposible reducir los deseos de pertenencia a las cuestiones materiales. El acceso a recursos es uno de los argumentos que inclinan la participación mas no es el único. Otros intereses, no materiales, ordenan los sentidos de la inserción en esta comunidad. La búsqueda de prestigio y respeto motiva la inclusión de muchos jóvenes que ansían reconocimiento societal, aun a costa de que ese reconocimiento sea comúnmente conceptualizado como negativo. La reputación de la violencia funge como atractivo. O sea, “ser alguien” o “ser parte” en un determinado entramado de relaciones sociales es un motivo que moviliza la participación en estas comunidades. Asimismo, es ineludible mencionar que dada la diversidad de actores que ingresan a estos mundos los intereses son diferentes. Vale destacar, sin embargo, que lejos de ser producto de una decisión, los individuos ignoran las estructuras perceptivas a las que pertenecen y los modos aceptados de ser hombre⁶.

Los miembros de la comunidad aguantadora hacen de la violencia un recurso de distinción, una señal de pertenencia grupal que los diferencia y distingue. El *aguante* se define por reconocer cuándo, cómo, contra quién y dónde testificar sus capacidades. Es un conjunto de saberes que debe ser explotado en situaciones determinadas y en ciertos contextos estipulados. Los integrantes de las *hinchadas* saben que pelearse es legítimo en un universo de relaciones y, en otros, es ilegítimo y desprestigiado. Los miembros de las *hinchadas* se incluyen en múltiples relaciones sociales donde la violencia como interacción positiva está vedada; en estas, otros papeles se ponen en escena y los actores sociales representan otros roles⁷. Afirmamos, entonces, que la violencia es el valor predominante de un tipo de relación social y que los sujetos establecen otras relaciones sociales no signadas por este recurso distintivo.

En consecuencia, para una comprensión integral de la lógica del aguante, resulta tan necesario como oportuno pensarla en clave macro social. Sabemos que en las prácticas y

representaciones de las hinchadas se actualizan procesos estructurales que remiten a disputas de poder. Este principio nos obliga a pensar la relación “hinchadas”-“sociedad” como una intersección caracterizada por autonomías y heteronomías en las que el conflicto emerge como el patrón recursivo.

Los miembros de la *hinchada* obstinadamente apuestan a los diacríticos violentos con el fin de distinguirse e identificarse. Su obstinación no es el resultado de la ignorancia de la deslegitimación que tienen sus prácticas más allá de las fronteras de la comunidad del *aguante*. Conocen, por el contrario, los valores que buena parte de la sociedad otorga a sus habilidades distintivas y, sin embargo, persiguen tozudamente ser definidos bajo la lógica aguantadora. Este choque de legitimidades nos permite tres reflexiones.

La primera es mencionar la existencia de grupos que elaboran un esquema de percepción del mundo -contradictorio, asistemático, estratificado y problemático– en este caso basado en la violencia y diferente al resto de la sociedad. Existen formas convencionales aceptadas por una mayoría y, otras, menos legítimas pero igualmente válidas para los grupos que las construyen y sustentan.

Es necesario, entonces, restituir la noción de alteridad. En la sociedad moderna, por más homogénea que se presente, existe una estratificación social, económica, política y cultural que forma diferentes sujetos sociales con desiguales capacidades de identificación y reconocimiento. Al negar la alteridad, se afirma una homogeneidad inexistente que silencia bruscamente las experiencias diferentes. Aquí se trata de mostrar la reciprocidad analítica y empírica entre la diferencia y la desigualdad

La segunda reflexión que necesitamos realizar a luz de la existencia de legitimidades diferentes es mencionar que la construcción de estos esquemas de valores grupales no puede

nunca ser definida como una acción de ruptura con la matriz societal más amplia que los acoge. Decíamos, varias páginas antes, que estos grupos no pueden ser pensados como excluidos o encapsulados del tejido social, ya que el *aguante* los insertaba en una red de relaciones sociales. Pero además, las prácticas legítimas de la *hinchada*, que parecen a primera vista una ruptura con los valores convencionales, son el resultado de la articulación de diferentes convenciones existentes en nuestra sociedad. Los miembros de la *hinchada* hacen públicas prácticas y representaciones que otros actúan pero ocultan por saberlas socialmente desvalorizadas. Especular que los sentidos del *aguante* son radicalmente diferentes al resto de las lógicas sociales tiene como único objeto expulsar de la sociedad a los “violentos” y conquistar una dosis de sosiego al encontrar un victimario que con sus culpas pueda purificar al resto “no violento”. Cabe, una vez más, mencionar que esta operación tiene como único objeto señalar unas formas de violencia, definirla y al marcarla, desmarcarse.

El tercero de los caminos reflexivos nos lleva a retransitar la huella de la alteridad. Identificarse con la violencia del *aguante* los distingue de aquellos “otros” que no hacen de estas acciones un mecanismo identitario. Mostrarse distintos no es un gesto de rebeldía ni de politicidad incipiente, es solo eso: exhibir una señal de pertenencia producto de una experiencia particular. Numerosas veces (GARRIGA ZUCAL y OTRO, 2008) buscamos infructuosamente en las prácticas de los hinchas rebeldías y resistencias. Estas búsquedas se ajustaban más a las matrices culturales y políticas de los investigadores que a la de los investigados⁸.

Sostenemos, entonces, la noción de alteridad. Esta puesta en escena de lo distintivo no busca cuestionar los valores hegemónicos, aunque lo hace. Al otorgarle positividad a las prácticas que el resto de la sociedad negativiza, muestra un sistema de valores distintos que contrasta con los convencionales. La alteridad simbólica se ilumina, desde el poder, cuando las formas

convencionales intuyen peligros para con las definiciones hegemónicas o cuando los investigadores sociales o los políticos creen encontrar ahí un germen de resistencia y la génesis de una propuesta contraconvencional. Los hinchas no se pelean con la policía para disputar los sentidos legítimos de la violencia con el brazo armado del Estado, los hinchas se pelean con la policía para probarles a sus pares que se la aguantan⁹, que son dignos de pertenecer.

El aguante en debate

Sostenemos que la particularidad que define a las barras bravas es entonces la lógica del *aguante*. En este sentido creemos conveniente establecer un diálogo con los trabajos de los colegas que han iniciado un recorrido analítico diferente, dejando al aguante en un lugar secundario y centrando su análisis en la que han dado en llamar la capacidad extractiva de las barrabravas. Saín y Rodríguez Games sostienen que “las barras bravas constituyen organizaciones criminales que, bajo la fachada de simpatizar con determinado club de fútbol y de “seguir al equipo a todas partes en las buenas y en las malas”, poseen una *capacidad extractiva* en torno a los negocios legales e ilegales que generan los espectáculos futbolísticos, y en ese marco, a su vez han generado destrezas –generalmente asociadas con el uso de la fuerza y la comisión de delitos– para brindar bienes y servicios a otros actores que integran el escenario descrito (dirigentes, políticos, periodistas, espectadores, turistas, otras organizaciones)” (2014: 236). Tomaremos estas posiciones para reflexionar sobre la violencia y la organización de las *hinchadas*.

Sostenemos, una vez más, que lo que organiza la pertenencia a las barras es el *aguante* como bien simbólico vinculado al honor grupal e individual y no la capacidad extractiva. Los jóvenes que ingresan a una barra brava poco saben de los negocios del grupo y no tienen, en la

mayor parte de los casos, en el horizonte conseguir recursos por medio de esta pertenencia. Por otro lado, estos autores sostienen (SAIN y RODRÍGUEZ GAMES 2014: 236) que la organización del trabajo dentro de la hinchada está vinculada a esta capacidad extractiva cuando los datos analizados nos muestran (CABRERA, 2013; CZESLI, 2013; GIL 2007) que la organización se realiza – como ya vimos- a partir de la lógica del *aguante*.

Lógica que les permite hacerse de bienes y alcanzar ciertas prebendas. Las *hinchadas* son organizaciones que –como ya dijimos- están ávidos de recursos y estos recursos los consiguen en las interacciones con otros actores sociales. Ya desde hace muchos años (GARRIGA ZUCAL, 2007) que sostenemos que las barras están insertas en relaciones de intercambios con políticos, dirigentes de los clubes, jugadores, empresarios, etc¹⁰. Ser parte de una “Barra Brava” es un mecanismo importante para obtener recursos económicos: dinero, trabajo, porcentaje de la venta de jugadores, entradas a los partidos, viajes, etc. Pertenecer tiene sus privilegios. Pero sería un error pensar que los deseos de pertenencia pasan sólo por la dimensión instrumental. Ser miembros de estos grupos, ser reconocidos por sus pares y ajenos como violentos es un signo de honor y prestigio. La dimensión moral es de igual importancia que la instrumental. En los contextos en donde estos “barras” interaccionan la violencia no tiene la negatividad que el discurso convencional cree. Por ello, cometer actos violentos posee desde su lógica una fuerte positividad que los nutre de respeto y prestigio; en estos contextos la inacción violenta es una deshonra que se equipara a la falta de hombría y de honor. La articulación de lo moral y lo instrumental hacen de la pertenencia un sentido profundo que entrelaza la búsqueda del honor y del sustento material.

Ahora bien, creemos conveniente señalar que los recursos buscados y encontrados por las “barras bravas” no son la particularidad que los define. No puede ser su capacidad extractiva

aquello que los defina cuando la misma es sideralmente diferente según los grupos. Sería un error pensar que el escenario que se piensa para la *hinchada* de Boca es generalizable a todas las otras barras. Por ejemplo, la barra brava de un club del ascenso se emparenta con la de Boca ya que ambas están ligadas por la lógica del aguante, pero el acceso a recursos es muy -pero muy- diferente.

Por otro lado, es necesario mencionar que algunas barras bravas participan de actividades delictivas y hasta son parte de organizaciones criminales. Esta participación en el mundo del delito es de larga data pero no deja de ser un acto individual de los miembros de las hinchadas. Como ejemplo cabe mencionar que los *barras* que son parte de un grupo delictivo –ladrones de banco, por ejemplo- no socializan sus ganancias con sus pares de la barra, ni el dinero está destinado a esa organización. También, es necesario aclarar que ser parte de la *hinchada* los hace conocedores de saberes varios vinculados a la violencia –como dicen Sain y Rodríguez Games– y estos saberes pueden ser válidos para incluirse en una red delictiva.

Por último, esbozaremos otro dialogo comparativo con el trabajo de D'Angelo (2011) quien también decide desplazar a la lógica del aguante como factor explicativo de la violencia “barra brava” para explicar, desde la teoría de redes, una reconfiguración de estos colectivos. Para la autora las “barras bravas” están integradas en redes complejas cuya rasgo principal es “la búsqueda de la ganancia económica como motor de acciones y enfrentamientos” (D'ANGELO, 2011: 55). Dicha lógica “se inició [en las barras] alrededor de la década de 1980 en uno de los clubes más importante del país, y pronto se expandió al resto” (Ibid: 64). Como resultado de dicha mutación se generó una “nueva conflictividad barra brava” caracterizada por la emergencia de conflictos internos (intra-barras) y que desplazan a “la demostración de “aguante” que se jugaba frente al adversario tradicional” (Ibid: 60).

En primer lugar, y en sintonía con lo señalado más arriba, discrepamos en reducir la acción de los barras a una lógica racional- instrumental característica de un *homo economicus* abstracto. Y es justamente la pluralidad semántica de la noción aguante –históricamente situada– la que permite introducir la densidad simbólica –prestigio, honor, respeto, humillación– que las prácticas violentas condensan. Esto no quiere decir que ciertas capitalizaciones simbólicas en otros contextos espaciales y temporales no puedan ser traducidas en beneficios económicos. Sin embargo lo que aquí se discute es lo problemático de trazar una etiología unilateral entre prácticas violentas y móviles estrictamente económicos. Otro punto polémico es la generalización indiscriminada del modelo de “red compleja” a todas las *hinchadas*. No tienen los mismos recursos –ni igual capacidad de disputarlos– la barra de Boca Juniors que la de Argentino Peñarol de Córdoba, sin embargo no podríamos decir que en el primero hay más violencia que en el segundo. Probablemente dicha aporía se deba a una estrategia metodológica de D’Angelo donde prima, al menos en el artículo citado, testimonios de barras de los dos equipos más grandes de la ciudad de Buenos Aires. Pero incluso así, en la mismas barras de Boca o River existe una distribución asimétrica de los recursos en la que solo la anteriormente denominada *primera línea* lucra de los botines económicos conquistados, entonces, el resto de los miembros –que son la mayoría– ¿Por qué se pelean?

Otro punto a tensionar es el referido a la periodización propuesta. La autora parte de un dato fáctico sobre la tendencia en las causas de muertes vinculadas al fútbol: en ellas se observa un desplazamiento de muertes por “conflictos clásicos” (enfrentamiento entre parcialidades contrarias o con la policía) a “nuevos conflictos” donde la muerte resulta por enfrentamientos dentro de las organizaciones y lejos de los ámbitos deportivos. Para D’Angelo dicho cambio es por el “armado de acuerdos que hacen más costosos, para los grupos hostiles, el enfrentamiento

(2011: 70). Además de caer nuevamente en el supuesto de actores que evalúan una acción buscando la maximización de recursos a partir del cálculo costo-beneficio, la autora omite un dato fundamental para explicar dicha mutación: la mayoría de estas muertes se dan en partidos que se juegan sin público visitante ya que desde mediados del 2007 se tomó dicha medida tras el asesinato de Marcelo Cejas en el partido Nueva Chicago vs Tigre (CABRERA, 2015). Entonces, si bien no descartamos la posibilidad de un cambio cualitativo en la reconfiguración de dichas conflictividades, también creemos que las muertes intra-barras pueden comprenderse como cierta continuidad en la lógica del aguante que al no encontrar una hinchada rival las facciones internas operan como otredad sustitutiva.

A modo de conclusión

Si bien desde los inicios del fútbol existieron hechos de violencia, el *aguante* como concepción que valida agresiones ganó fuerza en los '80 y se volvió nodal en la década del '90. Su evolución está vinculada a los cambios recientes en nuestra sociedad. Aunque siempre existieron grupalidades construidas por fuera de los valores convencionales, tomando, alguna de ellas, la violencia como diacrítico, estas identidades eran desacreditadas, deslegitimadas, ocultadas y usadas solo por unos pocos en contextos reducidos¹¹. El *aguante*, imposible de ser reducido a la marginalidad económica y social, supone una novedad que amerita una reflexión final.

El *aguante* aprovecha la oportunidad de la vacancia identitaria dejada por otras identidades -algunas más legítimas- para hacer de la violencia una marca de pertenencia. Archetti (2003) sostenía que existe una “zona libre” donde la construcción de la identidad no tiene un formato típico, un espacio donde tanto el Estado como las “máquinas culturales” tradicionalmente

hegemónicas pierden su influencia como constructores identitarios. La educación y el trabajo ya no ordenan el mundo social como antaño (SVAMPA, 2000 y KESSLER, 2004) y su desvalorización crea las condiciones para el surgimiento de la identidad aguantadora. El trabajo, la educación, la militancia política, entre otras actividades, generaban redes de pertenencia que integraban a los actores sociales y llenaban los vacíos identitarios. Estas tramas, sin desaparecer, perdieron su densidad y dejaron al descubierto un vacío cubierto por la comunidad de la *hinchada*, entre otras comunidades, y esta comunidad es atractiva ante la ausencia de competencia, y pierde seducción a medida que se encuentra con grupos competidores que puedan saciar los deseos de pertenencia. Por esta razón decíamos, ya hace mucho tiempo, que es necesario crear formas de integración institucional en las entidades deportivas y barriales que, alejadas de la violencia, incluyan a los actores. Míguez e Isla sostienen que “solo cuando un sujeto reconoce que su estatus o prestigio en su grupo de pertenencia será establecido en función del apego de su conducta a un marco valorativo determinado es que este tendrá efectos sobre sus acciones.” (2010: 71). En tanto la *hinchada* se ajuste a la lógica del *aguante*, como clave de pertenencia y distinción, este seguirá siendo el parámetro sobre el que los actores evalúen sus formas de acción.

Escudriñar sentidos nos nutre de herramientas para planificar políticas de prevención. Para ser efectivas las políticas de prevención deberían abordar estos sentidos y modificarlos. Por el contrario, la negación de la significación deja a la gestión de la seguridad la idea de encontrarse ante actores anómalos que les cabe como única medida la represión.

Las políticas de prevención en torno a la violencia deberían trabajar en la desconstrucción de los valores que legitiman la violencia en el fútbol. Mostrando en estas lides una gran incapacidad. Y la incapacidad está en su punto de partida. Se parte de una imposibilidad

intelectual, los encargados de pensar la violencia no la pueden pensar porque la creen impensable. Piensan que la violencia es la sinrazón, lo ilógico, lo sinsentido y por ende no puede ser más que reprimido y nunca prevenido.

El Estado tiene las herramientas para construir la ilegitimidad de la violencia, ya que posee la capacidad de definición, pero en el caso de la violencia en el fútbol cumple un rol complejo y dudoso. Confusión que ejemplificaremos por dos caminos diferentes.

Por un lado, los encargados de la seguridad en sus discursos, en sus proyectos de ley, contribuyen a pensar que el único actor violento en el mundo del fútbol son las *barras*. Esta diferencia construye una distinción entre violencias tolerables e intolerables. La violencia de las hinchadas es inaceptable en tanto es concebida como positiva por sus practicantes. Es así que parece ser que lo desatinado de su accionar no son sus prácticas, comparados con otros gestos igualmente violentos, sino el hecho de darle legitimidad y validez. Y en esto, sí, sin duda, las *hinchadas* son únicas. Son el único de todos los grupos que tienen acciones violentas en el fútbol que no sólo le dan valor positivo sino que, además, buscan muchas veces hacer visibles estas características que los distinguen. Esto hace que haya violencias que son más tolerables según los sujetos sociales. La violencia de un espectador que arroja piedras e insulta no es equiparable a la de un miembro de la *barra* que insulta y arroja piedras. Esto pudo verse en plenitud en los incidentes de mayo de 2005 en el estadio de Boca Juniors. Un espectador situado en las plateas invadió el campo, golpeó a un jugador mexicano y se refugió nuevamente en su sector, auxiliado por sus compañeros plateístas. El ministro del Interior de ese entonces, Aníbal Fernández, sostuvo que cuando la policía intentó intervenir “[fueron] agredidos por una cantidad importante de gente, que *no son barrabravas, son socios*. Tampoco en este caso uno va a hacer una batalla campal” (*Diario Clarín*, 2005, 16 de junio). El comentario de la autoridad pública demuestra que

hay jerarquías respecto a lo “intolerable” de la violencia; un límite que se mueve según las circunstancias y situaciones. Si los agresores hubieran sido miembros de la *hinchada*, el acto hubiera sido intolerable, la represión hubiera sido tolerada y la batalla campal, justificada. El Estado al perseguir algunas formas de violencia y no otras se conforma como un participante secundario de estas otras. Permite algunas formas de violencia que aunque ilegales no son tan ilegítimas. Estas violencias son moderadamente aceptadas y no reprimidas.

Por otro lado, la política de seguridad más notoria en la última década fue la prohibición de acceso a los estadios del público visitante. Política ineficaz y sumamente problemática en su matriz conceptual. La prohibición del público visitante construye y re-construye la imagen del otredad como peligrosa. El espectador de equipo rival es, de buenas a primeras, interpretado como potencial violento y se crea sobre este una representación del peligro. Se piensan las políticas en torno a la exclusión, ya que el simpatizante rival debe ser eliminado, anulado, suprimido. Así el Estado refuerza indirectamente los significados que en torno al fútbol estipulan la eliminación del rival como forma de exhibir aguante. Y para colmo de males, la política de prohibición de acceso de espectadores visitantes se muestra en extremo ineficaz, ya que la violencia no solo no cesa sino que aumenta (CABRERA, 2015). Los episodios de violencia no tuvieron un paliativo desde la implementación de esta precipitada e irreflexiva medida. La raíz de este fracaso es que la ausencia del otro no modifica la lógica del *aguante* y las *barras* siguen insertas en estas razones, modificando sólo sus potenciales contrincantes. Radicalizándose, precisamente, las luchas intestinas entre facciones de las *hinchadas* para ver quien tiene más *aguante* o luchando con la policía, pero sin cambiar los valores y sentidos que motivan las disputas. Una vez más el total desentendimiento de las lógicas violentas.

¹ En el mes de octubre de 2005 un juicio, profusamente cubierto por la prensa -no solo deportiva-, juzgó a miembros de la hinchada de Boca por golpear a pares de Chacarita Juniors; el juicio terminó con la negativa de los golpeados a testificar en contra de los victimarios. La prensa hablaba de pacto mafioso, de los códigos secretos de “los violentos”. Y esta vez estaba cerca de la dimensión del fenómeno. Un informante de Huracán decía que era correcta la actitud de los simpatizantes de Chacarita de no testimoniar contra los de Boca, ya que ambos grupos eran de la *hinchada* y si lo hacían estaban rompiendo los códigos. En sintonía con esto, los integrantes de la hinchada de River, acérrimos contrincantes de Boca, desplegaron una bandera que decía: “Las barras no denuncian”.

² Es necesario recordar aquello que sostiene Isla y Míguez (2003) respecto al rol del Estado en las diversas formas de violencias que azotan nuestra sociedad. Las fuerzas de seguridad son productores o partícipes de numerosos hechos de violencia que deberían prevenir o controlar. No es un dato menor en la comprensión del fenómeno violento en el fútbol argentino que un altísimo porcentaje de los más de 300 muertos que tiene en su historia trágica el fútbol argentino son el resultado del accionar policial.

³ Para ejemplificar, no podemos dejar de mencionar que la cúpula de la “barra brava” de River y de Boca estuvieron presos - parece que las leyes funcionan-, pero no pudieron lograr que una innumerable cantidad de hinchas quieran ocupar el lugar vacante de esos líderes.

⁴ Llamaremos *hinchadas* a los grupos organizados de espectadores que comúnmente se llaman “barras bravas” retomando las voces nativas. De aquí en más los términos nativos aparecerán en letra cursiva.

⁵ El concepto nativo es “parar en”, y al espacio se lo denomina una “parada”.

⁶ Como escribió Bourdieu, “no se entra en el juego por un acto consciente, se nace en el juego, con el juego, y la relación de creencia, de *illusio*, de inversión es tanto más total, incondicional, cuando se ignora como tal” (2010: 108).

⁷ Recordamos, por su claridad, el caso de un miembro de la *hinchada* que los sábados hacía de la violencia en los estadios su carta de presentación formal y los domingos era parte de una agrupación católica como los boy scout.

⁸ Esto no significa que la tarea del investigador sea solo reproducir la voz del nativo; la distancia entre teoría nativa y teoría analítica es la savia de las ciencias sociales. Pero lo que no debemos hacer es que el nativo hable el idioma que nosotros queremos que hable, en este caso, el de la resistencia

⁹ Lo interesante de esta relación es que, la policía, muchas veces se pelea con los miembros de las hinchadas para probar su aguante y no para instaurar un orden en crisis.

¹⁰ Es posible entender que en los últimos años se ha producido algunas transformaciones que llevan a las barras a relacionarse más con grupos delictivos que con los políticos y dirigentes sindicales. Las tareas que hacían las barras para estos últimos son en los últimos años realizadas por otros actores.

¹¹ El guapo tanguero, exponente ilustre de estas formas, perdía validez fuera del arrabal. Se trataba de una identidad no solo reducida a espacios sino también a sujetos sociales.

Bibliografía

- ALABARCES, Pablo. 2004. *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- ARCHETTI, Eduardo. 2003. *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.
- BOURDIEU, Pierre. 2010. *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- CABRERA, Nicolás. 2013. “De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. Violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano”. In: J. Garriga Zucal (org.) *Violencia en el fútbol. investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot: 127-154
- CABRERA, Nicolás. 2015. “*La metamorfosis de la violencia: viejos y nuevos interrogantes para el escenario actual del fútbol argentino*”. Presentación de ponencia en la XI RAM: Reunión de antropología del Mercosur 2015, 30 de noviembre al 4 de diciembre del 2015. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- CASTORIADIS, Cornelius. 1998. *Los dominios del hombre. Las encrucijadas del laberinto*. Barcelona: Gedisa.

-
- CZESLI, Federico. 2013. "Apuntes sobre la identidad en la hinchada de Platense". In: J. Garriga Zucal (org.) *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot: 95-126
- D'ANGELO, Natalia. 2011. "La nueva conflictividad de las barras bravas en Argentina: una lectura a la luz de la teoría de redes". *Revista de investigación social*, VIII (13): 55-75.
- DIARIO CLARÍN. 16 de junio de 2005. "Ordenan detener al hincha de Boca que agredió al jugador de Chivas". Disponible en: http://edant.clarin.com/diario/2005/06/16/um/ultimo_m.htm
- GARRIGA ZUCAL, José. 2007. *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- GARRIGA ZUCAL, José (org.). 2013. *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- GARRIGA ZUCAL, José y NOEL, Gabriel. 2010. "Notas para una definición antropológica de la violencia: un debate en curso". *Publicar en Antropología y en Ciencias Sociales*, IX: 101-126.
- GARRIGA ZUCAL, José y ALABARCES, Pablo. 2008. "El aguante: una identidad corporal y popular". *Intersecciones en antropología*, 9. Buenos Aires: Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires: 275-289
- GIL, Gastón. 2002. *Fútbol e identidades locales. Dilemas de fundación y conflictos latentes en una ciudad "feliz"*. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.
- ISLA, Alejandro y MÍGUEZ, Daniel. 2003. "De la violencia y sus modos. Introducción". In: A. Isla. y D. Míguez. (orgs.). *Heridas Urbanas. Violencia delictiva y transformaciones sociales en los noventa*. Buenos Aires: Editorial de las ciencias.
- KESSLER, Gabriel. 2004. *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- MÍGUEZ, Daniel e ISLA, Alejandro. 2010. *Entre la inseguridad y el temor: instantáneas de la sociedad actual*. Buenos Aires: Paidós.
- MOREIRA, María Verónica. 2005. "Trofeos de guerra y hombres de honor". In: P. Alabarces (org.) *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo.
- MURZI, Diego. 2011. "El fútbol de luto. Análisis de los factores de muerte y violencia en el fútbol argentino". En M. Godio y S. Uliana (orgs.) *Fútbol y Sociedad. Prácticas locales e imaginarios globales*. Buenos Aires: Eduntref.
- RICHERS, David. 1988. *El fenómeno de la violencia*. Madrid: Pirámide.
- ROMERO, Amílcar. 1986. *Muerte en la cancha, 1958-1985*. Buenos Aires: Nueva América.
- SAÍN, Marcelo y RODRÍGUEZ GAMES, Nicolás. 2014. "Los actores y la seguridad en el fútbol. Una lectura desde Argentina". In: F. Carrión Mena y M.J. Rodriguez (orgs.). *Luchas urbanas alrededor del fútbol*. Buenos Aires: Café de las Ciudades.
- SVAMPA, Maristella. 2000. *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos.

Autores

Nicolás Cabrera: licenciado en sociología (UNVM), especializando en criminología (UNQ) y doctorando en ciencias antropológicas (UNC). Investigador becario doctoral del CONICET/IDAES-UNSAM. Principales publicaciones: Cabrera, N.: "Territorios peligrosos: espacialización de las prácticas violentas y lógicas identitarias en la hinchada de Belgrano de Córdoba" en *Naciones en campo: fútbol, identidades y nacionalismos en américa latina*. Editorial Kinesis, Armenia- Colombia, 2014. Cabrera, N.: "De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano" en *Violencia en el fútbol: investigaciones sociales y fracasos políticos*, Ediciones Godot: Colección Crítica, Buenos Aires, 2013. Cabrera, N. (co- autores: Fadori Soares Palhares, M. y Schwartz, S. M.) (2014) "Apontamentos para um estudo comparativo entre torcidas organizadas e hinchadas", en *Revista Movimento*, escola de educação física da Universidade Federal do Rio grande do sul, Brasil, vol. 20, n° esp. "sociologia pública do esporte nas américas", 2014, pp. 163-176. Cabrera, N. (2014): "Una aproximación etnográfica sobre la hinchada de Belgrano: violencia, identidad y poder en "Los Piratas", en *Revista del Museo de Antropología*, Universidad Nacional de Córdoba, vol. 7, n° 2, diciembre del 2014, pp. 347-358.

Federico Czesli: es Licenciado en Cs. de la Comunicación (Universidad de Buenos Aires), Especialista en Antropología de la Cultura (UAM-Iztapalapa, México) y Maestrando en Ciencias Antropológicas (UAM-I). Principales publicaciones: Czesli, F. (2013). "Apuntes sobre la identidad en la hinchada de Platense". Garriga Zucal, J. (comp). *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot. Czesli, F. (2013). "Morir por Platense. Adversidad y temporalidad como estructuras perceptivas en una hinchada de fútbol". En *Revista del Museo de Antropología 7*, Facultad de Filosofía y humanidades, Universidad Nacional de Córdoba. ISSN 1852-060X Czesli, F. y Murzi, D. (2015). "Apuntes sobre una intervención para deconstruir las condiciones que generan la violencia en el fútbol". En *Lúdica Pedagógica*, (21), 103-112. Czesli, F. (2015). [Revisión del libro *Fútbol y violencia, ¿hasta cuándo?*, de Carlos Prigollini]. *Revista Gestión y Política Pública*. Volumen Temático 2015. México: CIDE. Dirección postal: Tercera Cerrada de Emilio Carranza n60, int B504. Código Postal 09440. Colonia San Andrés de Tetepilco, Delegación Iztapalapa. Ciudad de México.

José Garriga Zucal: Licenciado en Antropología (UBA), Magister en Antropología social (IDES-IDAES/UNSAM), Doctor en Antropología social (UBA). Investigador del CONICET y docente de la Universidad Nacional de San Martín. Ha dictado seminarios de doctorado y maestría en la Universidad Nacional de San Martín, FLACSO y la Universidad Nacional de La Plata. Publicó *Hinchadas* (2005), "*Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol* (2007), "*Nosotros nos peleamos*" *Violencia e identidad en un hinchada de fútbol* (2010) y *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos* (2013) y *De armas llevar: estudios socioantropológicos de los quehaceres de policías y de las fuerzas de seguridad* (2013) compilado junto a Sabina Frederic, Mariana Galvani y Brígida Renoldi. Además, numerosos artículos sobre violencia, masculinidad y corporalidad.